

En cuanto Emelina hubo terminado la lectura, devolvió el papel á Gilberto, sin decir nada. Poco después se lo pidió otra vez, lo leyó de nuevo; luego quedóse con el papel en la mano, indiferente, al parecer, lo mismo que había hecho antes; y como alguien se acercase, se levantó y se olvidó de devolver los versos.

ted;=Oigo su voz, su aire respiro;=Y puede usted dudar, adivinar y sonreír;=Sus ojos no verán como serme menos dulces.

Cosecho en secreto flores misteriosas;=Por la tarde, tras de usted, escucho en el piano=Cantar en el teclado sus manos armoniosas;=Y en los torbellinos de nuestros alegres valsos;=La siento, entre mis brazos, doblar como una caña.

De noche, cuando tan lejos nos separa el mundo;=Cuando entro en mi casa para correr los cerrojos;=Me apodero, como celoso, de mil recuerdos;=Y allí, solo ante Dios, preñado de avara alegría;=Abro, cual un tesoro, mi corazón, lleno de usted.

Amo, y sé contestar con indiferencia;=Amo, y nada me lo dice; amo, y yo solo lo sé;=Y me es caro mi secreto, y caro me es mi dolor;=Y juro amar sin esperanza;=Mas no sin felicidad: Veo á usted, es bastante.

No, no nací yo para la suprema dicha;=De morir en sus brazos y á sus pies vivir;=Todo me lo prueba ¡ay! hasta mi mismo dolor....=Sí, no obstante, que la amo le dijese =¿Quién sabe, morena de ojos azules, lo que pensaría usted?



CAPITULO V

QUIÉN como nosotros, preguntó yo, para proceder tan ligeramente! Gilberto había salido contento para asistir á la velada y volvió de ella temblando como una hoja. Lo que de algo exagerado y algo *más que verdadero* había en sus versos, tornóse verdadero así que los tocó la condesa. Ésta no había contestado nada, sin embargo, y ante tantos testigos no se la podía interrogar. ¿Estaría ofendida? ¿Cómo interpretar su silencio? ¿Habría ella la primera vez? ¿Y qué diría? Su imagen se presentaba tan pronto fría y severa, como risueña y tierna. Gilberto no pudo soportar la incertidumbre; después de una noche sin dormir, volvió á casa de Emelina, y se enteró de que acababa de salir á

escape y se hallaba en el Molino de May.

Recordaba que, pocos días antes, él le preguntó por casualidad si pensaba ir al campo, y la condesa le contestó que no; este recuerdo le chocó de pronto. «¡Se marcha por causa mía, se dijo; me teme, luego me ama!» Detúvose tras estas últimas palabras. Tenía oprimido el pecho, respiraba con dificultad, y no sé qué temor se apoderó de él; estremióse involuntariamente ante la idea de haber conmovido tan pronto á un corazón tan noble. Las contraventanas cerradas, el patio desierto, algunos criados que cargaban un carro, aquella marcha precipitada, especie de fuga, todo eso le turbó y extrañó. Encaminóse con paso lento á su casa. En un cuarto de hora se transformó en un otro hombre. Ya no preveía nada, nada calculaba; no se acordaba de lo que hizo la víspera, ni qué circunstancias le habían conducido allí; en su mente no cabía ningún sentimiento de orgullo; durante todo aquel día no pensó ni siquiera en los medios de aprovecharse de su nueva posición ni en intentar ver á Emelina: ya no se le aparecía ésta tierna ni severa; veíala en la terraza releyendo las estrofas que se había guardado; y al repetirse: «¡Me ama!» pensaba Gilberto si sería digno de su amor.

No tenía el joven veinticinco años; así que le hubo hablado su conciencia, hablóle á su vez la edad. Al día siguiente, tomó el coche de Fontainebleau y llegó por la tarde al Molino de May. Cuando le anunciaron, Emelina estaba sola; le recibió con visible malestar, y al verle cerrar la puerta, la hizo palidecer el recuerdo del señor de Sorgues. Pero á la primera palabra de Gilberto comprendió la condesa que éste no estaba más tranquilo que ella. En vez de darle la mano, como solía hacer, sentóse más tímida y reservadamente que antes. Permanecieron solos cerca de un cuarto de hora, y no trataron ni de las estrofas ni del amor que éstas expresaban. Cuando el señor Marsán volvió de su paseo, cruzó por la frente de Gilberto una nube, y pensó en lo mal que había aprovechado su primera entrevista privada. Mas no sucedió lo mismo á Emelina. Emocionada por el respeto de Gilberto, sumióse en el más peligroso ensueño; comprendió que era amada, y desde el momento que se creyó segura, amó.

Al bajar á almorzar, al día siguiente, ya habían reaparecido en sus mejillas los hermosos colores de su juventud; su rostro, y lo mismo su corazón, se habían quitado diez años de encima. Quiso salir á caballo, á pesar del horroroso

tiempo que hacía; montaba una soberbia yegua á la que no era fácil hacer obedecer, y parecía que quisiese exponer la vida; balanceaba, riendo, la fusta por cima de la cabeza del animal inquieto y no pudo resistir al placer de fustigarlo sin merecerlo; le vió saltar de cólera, y en tanto que la bestia sacudía la espuma de que estaba cubierta, miró Emelina á Gilberto. Con rápido movimiento habíase acercado el joven, queriendo asir de la brida al caballo. «Deje usted, deje usted, que no caeré esta mañana».

Ya era hora de hablar de las estrofas, y en efecto, los dos hablaron mucho de ellas; pero solamente con los ojos, lenguaje que vale tanto como los demás. Gilberto pasó tres días en el Molino de May, á punto siempre de ponerse de rodillas á cada momento. Si miraba al talle de Emelina, temblaba por no poder resistir el deseo de rodearlo con los brazos; mas, en cuanto la condesa echaba á andar, apartábase él para dejarle paso, cual si temiese tocarle el vestido. Al tercer día por la tarde, anunció su partida para la mañana siguiente. Mientras tomaban el té, hablaron del vals y de la oda de lord Byron sobre éste. Emelina hizo observar que esa diversión debió de excitar mucha envidia en el poeta que no podía partici-

par de ella, para hablar este con tanta animosidad; fué á buscar el libro, para apoyar su opinión; y para que Gilberto pudiera leer con ella, colocóse tan cerca de él, que le rozó con los cabellos la mejilla. Este ligero contacto produjo al joven un estremecimiento de placer, al que no hubiese podido resistir, de no hallarse presente el señor de Marsan. Emelina lo notó y se sonrojó; cerraron el libro, y ese fué el único acontecimiento del viaje.

¿Verdad, señora, que era ese un amante muy raro? Hay un proverbio que dice: «No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague». Soy, en general, poco aficionado á refranes, porque son perrillos de todas bodas; no hay uno solo que no tenga otro contrario, y sea cual fuere la conducta de uno, siempre encuentra un refrán que le apoye. Pero confieso que el que acabo de citar me parece cien veces falso en la práctica, para una vez que resulte cierto, para uso de esas gentes tan pacientes como resignadas, tan resignadas como indiferentes. Que se emplee ese lenguaje en el Paraíso; que los santos digan entre ellos que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, ¡enhorabuena! A gentes que tienen ante sí una eternidad, les cuadra bien arrojar el tiempo por la ventana. Pero, para

nosotros, míseros mortales, no es tan larga nuestra probabilidad. Por lo cual, os presento á mi héroe tal como es; creo, sin embargo, que si se hubiera conducido de muy distinta manera, hubiese sido tratado como el señor de Sorgues.

Una semana después, volvió la señora de Marsan. Gilberto fué á visitarla una tarde, muy temprano. Hacía un calor insoportable. Halló á la condesa en el fondo del gabinete tendida en un sofá. Estaba vestida de muselina, con brazo y cuello escotados. Dos jardineras llenas de flores embalsamaban el cuarto, una puerta abierta que daba al jardín dejaba penetrar un airecillo templado y suave. Todo convidaba á la molicie. Una terquedad rara, no acostumbrada, se mezcló en su conversación. Ya he dicho á usted señora, que continuamente le ocurría expresar al mismo tiempo sus pensamientos, sus sensaciones; pero, aquella tarde, no estaban de acuerdo en obrar amablemente, y, por consiguiente, obraban ambos de mala fe. Emelina pasaba revista á ciertas conocidas suyas. Gilberto hablaba de ellas con entusiasmo, y la condesa iba criticándolas tanto más cuanto mayor era éste. Llegó la obscuridad; hubo una pausa. Entró un criado trayendo una lámpara; la señora de Marsan dijo que no la quería y que la dejasen en el salón. Apenas dada esta

orden, pareció arrepentirse, y, levantándose algo turbada, se llegó al piano.

—Venga usted—dijo á Gilberto—á ver el taburetito de mi palco, que he mandado tapizar de otro modo; ahora me sirve para sentarme ahí; acaban de traérmelo hace un rato, y voy á ejecutar un poco de música, para que lo estrene usted.

Preludiaba suavemente con vagas melodías, y no tardó Gilberto en reconocer su aria favorita, *El Deseo* de Beethoven. Olvidándose poco á poco, Emelina fué inculcando á su ejecución la expresión más apasionada, acentuando el movimiento hasta hacer palpar el corazón; deteniéndose luego, de pronto, como si le faltase el aliento, forzando el sonido y dejándole extinguirse. Jamás palabra alguna igualará la ternura de semejante lenguaje. Gilberto estaba de pie y, de vez en vez, alzaba ella los ojos para consultarle. Él se apoyó contra la esquina del piano, y estaban ambos luchando contra su turbación, cuando un contra-tiempo casi ridículo vino á sacarles de su éxtasis.

De repente se rompió el taburete, y Emelina cayó á los pies de Gilberto. Lanzóse éste para tenderle la mano; ella la cogió y se levantó riendo; el joven estaba pálido como un muerto, temiendo que la condesa se hubiese lastimado.

—¡Bueno!—dijo Emelina.—Déme una silla. ¡Cualquiera creería que me he caído de un quinto piso!

Se puso á tocar una contradanza y, mientras la ejecutaba, refase del susto que se había llevado Gilberto.

—¿No es muy natural—le dijo éste,—que me asuste al verla caer?

—¡Bah!—respondió Emelina.—Es un efecto nervioso; créame que se lo agradezco. Convengo en que mi caída es ridícula; pero me parece—añadió algo secamente—que su miedo lo es más aún.

Gilberto dió algunas vueltas por el cuarto, y la contradanza de Emelina se volvía menos alegre por momentos. Notaba éste que al quererle burlar, le había ofendido. Volvió á apoyarse en el mismo lugar, ante ella, y sus ojos hinchados no pudieron contener algunas lágrimas; Emelina se levantó en el acto y fué á sentarse á un rincón obscuro del fondo del cuarto. Gilberto se acercó á ella, reprochándole su dureza. Ahora tocaba á la condesa el no poder contestar. Permanecía muda y en un estado de agitación imposible de describir. Gilberto cogió el sombrero, para marcharse; mas no pudiendo decidirse á salir, sentóse junto á su amada; ésta se volvió y extendió el brazo como para decirle que se fuese; pero él la cogió y la estrechó contra su corazón. En el mismo

instante, llamaron á la puerta, y Emelina se apresuró á entrar en un gabinete.

Al siguiente día, el pobre muchacho no reparó que iba á casa de la señora de Marsan, hasta que llegó á ella. La experiencia le inducía á temer verla severa y ofendida por lo que había pasado. Se engañaba: la halló tranquila é indulgente, y las primeras palabras de la condesa fueron para decirle que le estaba esperando. Pero le comunicó firmemente que tenían que dejar de verse.—No me arrepiento—le dijo—de la falta que he cometido, y no intento engañarme respecto á nada. Pero, aunque tenga que hacer padecer á usted y padecer yo misma, entre nosotros está el señor Marsan; yo no puedo mentir: olvídeme.

Esta franqueza, cuyo persuasivo acento no daba lugar á duda alguna, aterró á Gilberto. Éste desdeñaba las frases vulgares y las vanas amenazas de muerte que aparecen siempre en tales casos; intentó ser tan valiente como la condesa, y de este modo probarle, cuando menos, lo mucho que la estimaba. Le contestó que obedecería y que dejaría á París una temporada; ella le preguntó á donde pensaba ir y le prometió escribirle. Quiso que él la conociese del todo, y le contó en pocas palabras la historia

de su vida; le describió su posición, el estado de su corazón y no se presentó más feliz de lo que era. Devolvióle sus versos, dándole gracias por haberle proporcionado un momento de dicha.—Me he entregado, le dijo, sin querer reflexionar; estaba segura de que me detendría lo imposible; pero no pude resistir á lo posible. Confío en que no verá usted en mi conducta una coquetería que no he tenido. Debiera yo haber pensado más en usted; pero no creo que su amor sea tan grande como para que no se cure pronto de él.

—Seré lo bastante franco—replicó Gilberto,—para decirle que no lo sé, aunque no creo poder curarme. No me llamó tanto la atención su belleza como su corazón y su genio, y aunque la imagen de un lindo rostro puede borrarse con la ausencia y con el tiempo, la pérdida de un sér como usted es, por el contrario, irreparable. Claro es que curaré en apariencia, y es casi seguro que, dentro de poco tiempo, vuelva yo á mi vida de costumbre; pero mi misma razón dirá siempre que usted hubiera hecho la felicidad de mi vida. Estos versos que me devuelve fueron escritos como por casualidad; los inspiró un momento de éxtasis, pero el sentimiento que expresan está en mí desde que la conozco, y si he tenido fuerza para ocultarlo, ha

sido por el mismo hecho de ser justo y duradero. Ninguno de los dos seremos, pues, felices, y haremos al mundo un sacrificio que nada podrá compensar.

—No lo haremos al mundo—repuso Emelina,—sino á nosotros mismos, ó mejor dicho, á mí es á quien lo hace usted. No puedo soportar la mentira, y anoche, después de marcharse usted, poco faltó para que yo contase todo al señor de Marsan. ¡Ea!—añadió alegremente, procuremos vivir, amigo mío.





CAPÍTULO VI

APENAS tomada esta determinación, reconocieron que era imposible de realizar. No necesitaron largas explicaciones para convenir mutuamente en ello. Gilberto pasó dos meses sin ir á casa de la señora de Marsan, y durante esos dos meses perdieron ambos el apetito y el sueño. Cierta tiempo despues, estaba un día Gilberto tan desconsolado y aburrido, que sin saber lo que hacía, cogió el sombrero y llegó á casa de la condesa á su hora ordinaria, cual si no hubiera ocurrido nada. No pensó ella en echarle en cara que no cumplía su palabra. En cuanto le vió, comprendió lo que había padecido; y él la vió tan pálida y variada, que le pesó no haber ido antes.

Lo que Emelina tenía en el corazón

no era pasión ni capricho; era la voz de la naturaleza misma que le gritaba que le hacía falta un nuevo amor. No había meditado mucho acerca del genio de Gilberto; le gustaba y lo tenía allí; le decía que la amaba, y la amaba muy distintamente de como la había amado su marido. El espíritu de Emelina, su inteligencia, su imaginación entusiasta, todas las buenas cualidades que la adornaban padecían sin saberlo ella. Las lágrimas que creía verter sin motivo, pedían derramarse á pesar suyo y la obligaban á buscar la causa; todo se la enseñaba entonces: los libros, la música, las flores, y hasta sus costumbres y su vida solitaria; había que amar y luchar, ó resignarse á morir.

Con valiente altivez contempló la condesa el abismo en que iba á caer. Cuando Gilberto la estrechó de nuevo en sus brazos, miró ella al cielo, como para tomarlo por testigo de su falta y de lo que ésta iba á costarle. Gilberto comprendió tan melancólica mirada; midió la grandeza de su tarea por la nobleza del corazón de su amiga. Vió que tenía en sus manos el poder de devolverle la existencia ó de privarle de ella para siempre. Esta idea le comunicó más alegría que orgullo; prometiéndose consagrarse á ella, y dió gracias á Dios por el amor que sentía.

No obstante, la necesidad de mentir desconsolaba á la joven; no volvió á hablar de ella á su amante y guardó secreta esa pena; por otra parte, desde el momento que no podía resistir siempre, no se le ocurrió la idea de resistir más ó menos tiempo. Contaba, por decirlo así, las probabilidades de dolor y las de felicidad, jugándose atrevidamente la vida. Cuando volvió Gilberto, ella se veía obligada á pasar tres días en el campo. Suplicábala él que le concediera una cita antes de partir.

—Lo haré si usted lo desea; pero le ruego que me deje esperar.

Al cuarto día, á cosa de las doce de la noche, entró en el Café Inglés un joven.

—¿Qué desea usted, caballero?—le pregunta el mozo.

—Lo mejor que tenga—contestó el joven con una alegría que hizo volverse á todo el mundo.

A la misma hora, en el fondo del palacio de Marsan, una persiana medio abierta dejaba percibir un resplandor detrás de una cortina. Sola, en paños menores, la señora de Marsan, estaba sentada en una sillita, en su cuarto, cerrado éste con pestillo: «Mañana seré suya. ¿Será él mío?»

Emelina no pensaba en comparar su conducta con la de otras mujeres. Para ella no había en aquel momento penas

ni remordimientos; todo callaba ante la idea del día siguiente. ¿Me atreveré á decir en qué pensaba? ¿Osaré escribir lo que en aquel terrible momento inquietaba á un alma buena y noble, la más sensible y honrada que conozco, en vísperas de la única falta que tuvo que reprocharse en su vida?

Pensaba en su belleza. Amor, fidelidad, sinceridad, constancia, simpatía de gustos, temor, peligros, arrepentimiento, todo era expulsado, todo era destruido por la más profunda inquietud acerca de sus encantos, de su belleza corporal. El resplandor que vemos es el de una luz que tiene en la mano. Está Emelina frente á un espejo móvil, se vuelve, escucha; no ve testigo alguno, no oye ningún ruido, ha entreabierto el velo que la cubre y, cual Venus ante el pastor de la fábula, comparece tímidamente.

Para hablarle del día siguiente, señora, no puedo hacer cosa mejor que transcribir una carta de Emelina á su hermana, en donde ella misma describe lo que experimentó:

«Yo era ya de él. A todos mis anhelos sucedió un abatimiento excesivo. Estaba aniquilada, y me gustaba ese malestar. Pasé la noche en ensueños; veía formas vagas, oía lejanas voces, entendí: «¡Angel mío! ¡Vida mía!» Volví á quedar

abatida, y luego más aún. Ni una sola vez se presentaron á mi mente las inquietudes del día anterior, durante ese semiletargo que permanece en mi memoria como el estado que he de escoger en el paraíso. Me acosté y dormí como un recién nacido. Al despertar por la mañana, un recuerdo confuso de los acontecimientos de la víspera aglomeró rápidamente la sangre en mi corazón. Una palpitación me hizo sentarme en la cama, y así, me oí gritar: ¡Ya está hecho! Apoyé la cabeza en las rodillas y me precipité al fondo de mi alma. Por primera vez temí que él me hubiese juzgado mal. La sencillez con que procedí podría inculcarle esa opinión. A despecho de su inteligencia y su tacto, podía yo tener poca experiencia del mundo. ¿Y si no fuese para él más que un capricho, una dificultad por vencer? Harto extrañada, sobrado emocionada, trastornada por todos los sentimientos que me subyugaban, no estudié los suyos lo bastante. Tenía miedo, no podía respirar. Pues, bien, pensé, el día en que me conozca, tendrá una deuda atrasada que pagar. Toda esa obscuridad fué iluminada poco á poco por gratos recuerdos. Sentía yo vagar una sonrisa alrededor de la boca: como la víspera, volví á ver toda su faz, bella con una expresión que no he visto en

ninguna parte, ni aun en las grandes obras de los mejores maestros: en ella leía yo amor y respeto y culto, y esa duda, ese temor de no obtener, por lo mucho que se desea. Ese es el instante supremo de la mujer; y, así acariciada, me vestí. Mucho agrada componerse, cuando se espera al amante».



CAPITULO VII

CINCO años había tardado Emelina en enterarse de que su primera elección no podía hacerla feliz; por ella había padecido un año; había luchado seis meses contra una pasión naciente; dos meses contra un amor manifiesto; al fin sucumbió, y su dicha duró quince días.

Poca cosa es quince días ¿no es verdad? Empecé este cuento sin pensar en ello, y veo que, llegado el momento cuyo recuerdo me indujo á coger la pluma, no tengo nada que decir, á no ser que fué muy corto. ¿Cómo intentar describirlo? ¿Podría contar yo lo inexplicable, lo que los mayores genios de la tierra dejaron adivinar en sus obras, á falta de una palabra que pudiese decirlo? Claro es que usted no lo espera y

que no cometería yo tal sacrilegio. Lo que viene del corazón puede escribirse; pero no lo que constituye el corazón mismo.

Por otra parte, si uno es feliz ¿tiene en quince días tiempo de notarlo? Emelina y Gilberto estaban todavía asombrados de su felicidad; no se atrevían á creer en ella y se maravillaban de la intensa ternura que llenaba su corazón.

—¿Será posible—se decían—que nuestras miradas se hayan cruzado friamente?

—¡Como!—exclamaba Emelina.—¿Te he mirado yo sin que se me preñasen de lágrimas los ojos? ¿Te he escuchado sin besarte los labios? ¿Me has hablado como á todos, y te he respondido sin decirte que te amaba?

—No—contestaba Gilberto;—la mirada y la voz te descubrían. ¡Dios mío! ¡Cómo me penetraban! A mí es á quien detuvo el miedo, y yo soy la causa de que nos amemos tan tarde.

Entonces se apretaban las manos, como para decirse: «Tranquilicémonos pues hay para morir».

Apenas habían empezado á acostumbrarse á verse en secreto y gozar de los sobresaltos del misterio, apenas conocía Gilberto el nuevo rostro que adquiere súbitamente una mujer al caer en brazos de su amante, apenas habían aparecido las primeras sonrisas á través de las lá-

grimas de Emelina, apenas se habían jurado amarse siempre y, confiados en su suerte, ¡pobres niños! se entregaban á ella sin temor y saboreaban lentamente la satisfacción de reconocer que no se habían equivocado en su mútua esperanza; aun estaban diciéndose: «¡Qué dichosos vamos á ser!», cuando se desvaneció su felicidad.

El conde de Marsan era hombre sereno, y su golpe de vista no le engañaba en las cosas de importancia. Había visto triste á su mujer: pensó que ésta le amaría menos y no hizo caso. Pero, al verla preocupada é inquieta, decidió no tolerarlo. En cuanto se tomó el trabajo de indagar la causa, la averiguó fácilmente. Á la primera pregunta, turbóse Emelina; á la segunda, estuvo á punto de confesarlo todo. Él no quiso una confidencia de esta naturaleza y, sin decir nada á nadie, fué á la fonda en que habitaba antes de casarse y mandó que le reservasen una habitación. Vestido con bata, entró en el cuarto de su esposa cuando ésta se disponía á acostarse y, situándose frente á ella, hablóle, poco más ó menos, así:

«Me conoces lo bastante, querida mía, para saber que no soy celoso. Te he amado mucho y siempre tendré para tí gran estima y amistad. Cierto es que, á nuestra edad, y después de haber pa-

sado juntos tantos años, nos hace falta una tolerancia recíproca para poder continuar viviendo en paz. Yo, por mi parte, uso de la libertad que debe tener un hombre, y me parece bien que tu hagas otro tanto. Si yo hubiese aportado á esta casa la misma fortuna que tú, no á esta casa la misma fortuna que tú, no te hablaría así, que te dejaría comprenderlo. Pero soy pobre, y nuestro contrato de matrimonio me dejó pobre por mi voluntad. Lo que, en otro, fuera indulgencia ó sabiduría, fuera para mí bajeza. Por muchas precauciones que se tomen, nunca es secreta una intriga; tarde ó temprano, se tiene que hablar de ella. Al llegar ese día, sobrado comprendes que no me colocarían en la categoría de los maridos complacientes ni siquiera en la de los maridos ridículos; sino que verían en mí un miserable á quien el dinero se lo hace tolerar todo. No entra en mi condición dar una campanada que deshonra á la vez á dos familias, sea cual fuere el resultado; no te odio á tí ni á nadie; y por esto mismo, vengo á participarte la resolución que he tomado, á fin de evitar las consecuencias del asombro que pueda causar. Desde la semana que viene, viviré en la fonda en donde me hospedaba cuando conocí á tu madre. Lamento tener que vivir en París; pero no tengo con qué viajar; es menester que me aloje, y dicha

casa me gusta. Ve lo que has de hacer y, si es posible, yo procederé en consecuencia.»

La señora de Marsan escuchó á su marido con creciente extrañeza. Que-dóse como una estatua; vió que él estaba decidido y no podía ella creerlo; echósele al cuello, casi sin querer y exclamó que nada en el mundo le haría consentir en tal separación. Á cuanto Emelina decía, su esposo no oponía más que silencio. Ella rompió en sollozos; postróse de rodillas y quiso confesar su falta; Marsan la detuvo y se negó á oirla. Afanáse por apaciguarla, le repitió que no tenía ningún resentimiento contra ella, y luego, salió, á pesar de las súplicas de la condesa.

Al día siguiente no se vieron; cuando Emelina preguntó si estaba el conde en sus habitaciones, le respondieron que había salido muy temprano y que no volvería en todo el día. Quiso esperarle y se encerró á las seis de la tarde en el cuarto del señor Marsan; pero faltóle valor y tuvo que volverse al suyo.

El siguiente día, á la hora del desayuno, bajó el conde en traje de montar. Los criados comenzaban á componer paquetes, y el pasillo estaba lleno de ropas en desorden. Emelina se acercó á su marido al verle entrar y él la besó en la frente; sentáronse ambos en silen-

cio; desayunaban en el cuarto de la condesa. Enfrente estaba el espejo móvil, en el que Emelina creía estar viendo su fantasma. Los cabellos en desorden y el rostro compungido parecían reprocharle su falta. Con voz incierta, preguntó al conde si seguía pensando en salir del palacio. Contestó él que se preparaba á hacerlo y que la marcha estaba señalada para el lunes siguiente.

—¿No hay medio alguno de retrasar esa partida?—preguntóle con tono de súplica.

—Lo que és no puede variarse—repuso el conde.—¿Has meditado lo que piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga?

Marsan no contestó.

—¿Qué quieres?—repitió Emelina.—¿Qué medio tendré de aplacarte? ¿Qué expiación, qué sacrificio te ofreceré para que consientas en aceptar?

—Eso es cosa tuya—dijo el conde.

Se levantó y se fué, sin pronunciar una palabra más. Pero, la misma tarde, volvió á ver á su mujer, y no tenía ya el rostro tan severo.

Tanto fatigaron esos dos días á Emelina, que tenía una palidez espantosa. Al observarlo el señor de Marsan no pudo menos de compadecerla.

—¿Qué es eso, querida?—le dijo.—¿Qué te sucede?

—Estoy pensando, y veo que no hay nada posible.

—¿Tanto le amas?—preguntó el conde.

A pesar de la frialdad que afectaba, Emelina vió en esa pregunta un sentimiento de celos. Creyó que su marido no hacía sino intentar unirse más á ella, y este pensamiento la entristeció.

—Así son todos los hombres—pensaba;—desprecian lo que poseen y vuelven con ardor á lo que por su culpa perdieron.

Quiso saber hasta qué punto era exacta su hipótesis y contestó con tono altanero:

—Sí, señor, le amo, y cuando menos, en esto no mentiré.

—Lo comprendo, y haría yo mal en querer luchar aquí contra nadie; no tengo ni medios ni ganas.

Emelina vió que se había engañado; quería hablar y no hallaba palabras. En efecto, ¿qué responder á la conducta del conde? Éste adivinó claramente lo que había pasado, y su resolución era justa, sin ser cruel. Emelina empezaba una frase y no podía acabarla; lloraba.

Su marido le dijo con dulzura:

—Sosiégate; piensa que has cometido una falta; pero que tienes un amigo que lo sabe y que te ayudará á repararla.

—¿Qué haría, pues, ese amigo—dijo Emelina,—si fuese tan rico como yo, ya

que esa mísera cuestión de fortuna le decide á separarse de mí? ¿Qué harías, si nuestro contrato no existiera?

Levantóse Emelina, fué á su papelería, sacó de ella un contrato matrimonial y lo quemó en la llama de la vela que estaba sobre la mesa. El conde la miró hasta el fin de su operación.

—Te comprendo—le dijo al fin;—y aunque lo que acabas de efectuar es una acción sin consecuencias, puesto que hay en la notaría un duplicado, esa acción te honra, y yo te la agradezco. Pero piensa—añadió, besando á Emelina,—piensa que, si sólo fuera cosa de anular un requisito, yo no hubiera hecho sino abusar de mis ventajas. De una plumada, puedes volverme tan rico como tú eres, lo sé; pero yo no lo consentiría, y hoy, menos que nunca.

—¡Qué orgulloso eres!—exclamó, desesperada, Emelina.—¿Y por qué te negarías?

El conde, que tenía en su mano la de Emelina, la estrechó ligeramente y contestó:

—Porque le amas.



CAPÍTULO VIII

EN una de esas hermosas mañanas de otoño en que el sol brilla en todo su esplendor y parece despedirse de la vegetación que muere, estaba Gilberto apoyado de codos contra una ventanita, en un segundo piso de calle retirada, detrás de los Campos Elíseos. Tarareando un aria de *Norma*, miraba atentamente cada carruaje que pasaba por el arroyo. Al llegar el coche á la esquina de la calle, la canción paraba; pero el vehículo proseguía su camino y había que esperar otro. Aquel día pasaron muchos; mas el joven, inquieto, no vió en ninguno un sombrerito de paja de Italia y una mantilla negra. Dió la una, luego dieron las dos; ya era demasiado tarde; después de mirar veinte veces al reloj, de dar otras tantas

vueltas por el cuarto y haberse desconsolado y serenado alternativamente con más frecuencia, Gilberto bajó al fin, y erró cierto rato por los paseos. Al volver á su casa, preguntó al portero si no había ninguna carta, y la respuesta fué negativa. Un presentimiento de siniestro augurio le agitó durante todo el día. Á cosa de las diez de la noche, subía, no sin temor, la escalera principal del palacio de Marsan; la lámpara no estaba encendida; esto le sorprendió é inquietó; llamó; nadie venía; tocó la puerta, que se abrió y se detuvo en el comedor; le salió al encuentro una doncella, á la que él preguntó si podía pasar.

—Voy á preguntarlo—respondió la criada.

Cuando ésta entraba en la sala, Gilberto oyó entre las dos puertas una voz temblorosa, que reconoció, y que decía muy bajito:

—Diga que no estoy.

Él mismo me ha dicho que aquellas pocas palabras pronunciadas entre tinieblas, en el momento en que menos las esperaba, le hicieron más daño que una estocada. Salió con inexplicable extrañeza.

—Ella estaba—pensó,—y, sin duda, me ha visto. ¿Qué sucede? ¿No podía haberme dicho una palabra ó haberme escrito á lo menos?

Ocho días transcurrieron sin poder ver á la condesa ni recibir carta suya. Al fin tuvo la siguiente misiva:

«¡Adiós! Es preciso que se acuerde usted de su proyecto y cumpla su palabra. En este momento hago un gran sacrificio. No me retienen más que algunas palabras profundamente sentidas que usted me dijo acerca de una resolución que yo quería tomar. Viviré. Mas no se debe desechar del todo la única idea que puede darme alguna tranquilidad. Permítame que la coloque sólo á distancia, con condiciones; si, por ejemplo, no hubiera ya en su corazón más que indiferencia completa para mí;—si, una vez de regreso y con el corazón sosegado, no viniera usted á verme;—si nunca más se acordase de mi imagen, de mi amor... no puedo continuar la horrorosa vida que llevo. El que se queda es el más desgraciado; usted es, pues, quien debe partir. ¿Se lo permiten sus ocupaciones? ¿Ó quiere que yo vaya no sé á dónde? Contésteme; usted será quien venza, que yo no tengo fuerza ninguna; apiádese de mí. Diga ¿qué sé yo? que curará ¡Pero no es cierto! No importa, dígalo á pesar de todo. Procure no verme antes de su viaje; hacen falta fuerzas y yo no sé de dónde sacarlas. Hace ocho días que no dejo de llorar y de escribirle. Todo lo arrojo al fuego.

Esta misma carta le parecerá muy incoherente. El señor de Marsan sabe todo; me ha sido imposible mentir; además, ya lo sabía él. Sin embargo, esta carta dista mucho de expresar lo que hay de contradictorio entre mi corazón y mi mente. Déjese ver en sociedad, estos días, para que no se tome su partida por una calaverada. Yo tardaré algo en poder salir y recibir. A cada momento me falta la voz. Me escribirá usted, ¿verdad? Es imposible que se marche sin escribirme algunas líneas. ¡Viajar!... ¡Usted es quien va á viajar!

A Gilberto se le antojó un sueño su desgracia; pensaba ir á casa del señor Marsan para buscarle disputa. Cayó al suelo en medio del cuarto y derramó lágrimas amarguísimas. Al fin, decidió ver á toda costa á la condesa y tener una explicación de ese acontecimiento que le anunciaban de manera tan poco inteligible. Corrió al palacio de Marsan y, sin hablar á ningún criado, llegó hasta la sala. Ahí se detuvo ante la idea de comprometer á su amada y de perderla por culpa suya. Al oír á alguien que se acercaba, escondióse tras de una cortina: era que entraba el conde. Cuando se quedó solo, adelantóse Gilberto y, entreabriendo la puerta vidriera de un gabinete, vió á Emelina acostada y á su marido al lado de ella. Al pie del lecho

había un lienzo lleno de sangre, y un médico estaba secándose las manos. Este espectáculo le horrorizó; estremióse ante la idea de aumentar, por su imprudencia, los males de su amante, y andando de puntillas, salió de la casa sin ser advertido.

Pronto supo que la condesa había estado en peligro de muerte; una nueva carta le enteró detalladamente de lo ocurrido. «Renunciar á vernos, decía Emelina, es imposible; no hay que pensar en ello; y esta idea que le desconsuela no me causa pena alguna, pues no puedo admitirla un solo instante. Lo que me hace sollozar y me desgarrar el alma es separarnos por seis meses, por un año, porque esto es posible.» Añadía que si antes de marchar Gilberto, sentía deseos muy vivos de verla una vez más, ella consentiría. El joven rechazó esa entrevista; le hacía falta toda su fuerza; y, aunque persuadido de la necesidad de alejarse, no podía decirse á nada. Vivir sin Emelina parecía-le una frase sin sentido, y, por decirlo así, una mentira. No obstante, juró obedecer á todo trance y sacrificar, en caso necesario, su existencia á la tranquilidad de la señora de Marsan. Arregló sus asuntos, despidióse de los amigos, anunció á todos que iba á Italia, y, cuando todo estuvo preparado y tenía ya el

pasaporte, quedóse encerrado en su casa, prometiéndose todas las noches partir al día siguiente y pasándose el día llorando.

Emelina, por su parte, no estaba más animada, como puede usted imaginar. Así que pudo sufrir el movimiento del coche, fué al Molino de May. El señor de Marsan no se apartaba de ella; durante la enfermedad, tuvo para con su mujer un cariño de hermano y los cuidados de una madre. No necesito decir que la había perdonado y que al ver los padecimientos de su mujer le hizo renunciar á sus proyectos de separación. No volvió á hablar de Gilberto, y creo que, desde aquella época, no ha pronunciado ese nombre, estando á solas con la condesa. Tuvo conocimiento del viaje anunciado y no pareció alegrarse ni entristecerse por él. Fácilmente se adivinaba en su conducta, que se reconocía culpable de no haber atendido á su mujer y de haber hecho tan poco por su felicidad. Cuando, apoyada en su brazo, Emelina paseaba lentamente con él por el largo *Paseo de los Suspiros*, Marsan parecía casi tan triste como ella; y Emelina le agradeció que no intentase nunca recordar el antiguo amor ni combatir el amor nuevo.

Quemó las cartas de Gilberto, y en ese sacrificio doloroso, no respetó más

que una sola línea escrita de mano de su amante: «Por usted, todo en el mundo». Al releer esas palabras, no pudo decidirse á destruirlas; eran el adiós del pobre muchacho. Cortó con tijeras esa línea y la llevó mucho tiempo en el corazón.

«Si alguna vez tengo que separarme de esas palabras—escribía á Gilberto,—me las tragaré. Ahora, mi vida no es más que una pizca de ceniza, y en mucho tiempo no podré mirar la chimenea sin tener que llorar »

¿Era sincera? me preguntará usted, acaso. ¿No hizo tentativa alguna para ver otra vez á su amante? ¿No se arrepentía de su sacrificio? ¿No intentó desistir de su resolución? Sí, señora, lo intentó; no quiero hacerla mejor ni más valiente de lo que era. Sí, intentó mentir, engañar á su marido; á pesar de sus juramentos, de sus promesas, remordimientos y dolores, volvió á ver á Gilberto, y después de pasar dos horas con él en un delirio de dicha y amor, sintió, al volver á su casa, que no podía engañar ni mentir; diré más, el mismo Gilberto lo notó y no la pidió que volviera.

Sin embargo, ya no hablaba ni habló más de viaje. Á los pocos días, quiso ya convencerse de que estaba más tranquilo y de que no había riesgo alguno en

quedarse. En sus cartas procuraba hacer consentir á Emelina en que él pasase el invierno en París. La condesa titubeaba; y, renunciando al amor, empezaba á hablar de amistad. Los dos buscaban mil pretextos para prolongar su tortura, ó, á lo menos, para verse padecer. ¿Qué iba á ocurrir? No lo sé.



CAPÍTULO IX

QREO haberle dicho, señora, que Emelina tenía una hermana. Era ésta una joven alta y bella, y además, un corazón excelente. Ya por excesiva timidez, ya por otra causa cualquiera, nunca había hablado á Gilberto más que con suma precaución y casi con repugnancia, cuando tuvo ocasión de verle. Gilberto tenía modales de aturdido y expresiones que, si bien sencillas y naturales, debían de lastimar el pudor y la modestia perfectos. La misma naturaleza del joven y su exaltado genio tenían pocas probabilidades de simpatizar con la severa Sara (que así se llama la hermana de Emelina). Por eso toda su amistad se reducía á algunas palabras de cortesía cruzadas al azar, algunos cumplimientos cuando

cantaba Sara y á alguna que otra contradanza de cuando en cuando, que eran todas las relaciones que habían tenido.

En medio de tales circunstancias, recibió Gilberto una invitación al baile de una amiga de la señora de Marsan, y creyó deber asistir á él, para satisfacer el deseo de su querida. Sara concurría á dicha fiesta. Gilberto tomó asiento á su lado. Sabía el tierno cariño que unía á la condesa á su hermana y se le presentaba ocasión de hablar de su amada á alguien que le entendería. La reciente enfermedad sirvió de pretexto; preguntar por la salud de Emelina era preguntar por su amor. Sara contra su costumbre, respondió con dulzura y confianza, y cuando á la mitad de su conversación, dió la orquesta la señal de una contradanza, dijo que estaba cansada y rechazó á su pareja que venía á sacarla á bailar.

Como el ruido de los instrumentos y el tumulto del baile les dieran más libertad, la joven empezó á dar á entender á Gilberto que conocía la causa del mal de Emelina. Habló de los padecimientos de su hermana y contó lo que de éstos había visto. Durante el relato, Gilberto bajaba la cabeza; cuando volvió á levantarla, resbalaba por su mejilla una lágrima. Sara empezó de pronto á temblar y sus azules ojos se

empañaron. «La ama usted más de lo que yo creía», le dijo.

A partir de ese momento se tornó muy distinta de lo que hasta entonces había sido para él; le declaró que hacía ya tiempo que estaba enterada de lo que pasaba, y que la frialdad con que le trató hasta entonces procedía de no haber creído ver en él más que la ligereza de un hombre de mundo que corteja á todas las mujeres sin preocuparse del mal que resulte. Habló como hermana y como amiga, con franqueza y con calor. El acento de verdad que empleó para demostrar á Gilberto la absoluta necesidad de devolver el reposo á la condesa le conmovió más que todo, y en un cuarto de hora, vió muy claro en su destino.

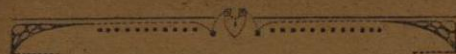
Preparábanse á bailar el *cotillón*. «Sentémonos en el círculo, dijo Gilberto; prescindiremos de figurar y podremos hablar sin que fijen en nosotros la atención». Sara consintió: tomaron asiento y siguieron hablando de Emelina. De vez en vez, algún bailarín obligaba, sin embargo, á la joven á tomar parte en la figura, y tenía ella que levantarse para tener la punta de una banda ó el ramillete y el abanico. Gilberto quedaba en su asiento, sumido en sus reflexiones, mirando á su bella pareja saltar y sonreír, con los ojos húme-

dos aún. Luego volvía ésta y proseguían su triste conversación. Al sonido de esos vales alemanes que habían acariciado los primeros días de su amor, Gilberto juró marcharse, y olvidar.

Llegada la hora de retirarse, levantáronse los dos con cierta solemnidad. «Tengo su palabra, dijo la joven; cuento con usted para salvar á mi hermana; y si se va usted,—añadió cogiéndole la mano, sin pensar en que podían verla—seremos á veces dos las que pensaremos en un pobre viajero».

Separáronse después de estas palabras, y al día siguiente se puso Gilberto en camino.

FIN



ÍNDICE

<u>CAPS.</u>	<u>PÁGS.</u>
I	5
II	13
III	21
IV	35
V	45
VI	59
VII	61

MARGOT

I	71
II	81
III	91
IV	99
V	109
VI	123
VII	133
VIII	143
IX	153

EMELINA

I	159
II	169
III	181
IV	189
V	199
VI	211
VII	217
VIII	225
IX	233